

Con lo cual quedaría concluído el paralelo, si no fuera porque tengo que contestar á esta pregunta, que ya estoy oyendo á muchos de mis lectores:

—Y á Castelar, ¿qué papel le da usted en la fiesta?

El gran tribuno, como las barbianas de los pañuelos de Manila, contribuye con su espléndida oratoria de flores, pájaros y chinos, bordado todo ricamente de mil colores, al lucimiento, brillantez, variedad y pintoresco carácter de la gran mojiganga.

Julio de 1889.



EL PAPA EN VALENCIA

Voto á diez (y no digo voto á Dios, por no echarlo tan redondo al comienzo de un artículo cuyo asunto anda estrechamente emparentado con la Iglesia) que me pasma el proyecto atribuído á la Santidad de León XIII, y que me espanta su grandeza

y que diera un doblón por describilla,

ó al menos por llamarme Rafael María Liern y componer un sainete bilingüe con el título que llevan las presentes líneas, ó

con el de *El Papa Lleó en Rusafa*, si se le quería dar más carácter.

Y no es que el presunto y posible traslado de la Santa Sede á Valencia no merezca salvas más nobles y honras más altas que las del sainete.

Si la ciudad del Turia tuviera hoy otro Jerónimo Sampere como el autor de la *Calorea*, podría alborozarse con la esperanza de una *Leoneida* ó *Leoniada*; pero los tiempos de la epopeya han pasado, la augusta trompeta de Caliope sólo sirve para las señales de la Plaza de Toros, y el altivo coturno ha cedido definitivamente su puesto al humilde zueco, ó, si se quiere, alpargata, ya que tratamos de Valencia.

Por eso, el asunto no puede usurparse al neto y legítimo dominio de los populares autores de *El que fuig de Deu*, *Matasiete Espantavuit*, *El tonto del Panerot*, *Un fransés en Almasera*, etc., etc., á alguno de los cuales ya estoy viendo componer, con gran regocijo del "ilustre senado," *Un Concili en l'Albufera*, *Cacahuets para el Pontífice* y *El Grao, sucursal del cel*.

¡Qué tres títulos!

Se los regalo á aquellos ingeniosos saineros para que vayan "preparando la opinión," de sus paisanos, mientras yo, recogiendo mi espíritu, me entrego á hondas

meditaciones acerca del hecho trascendentalísimo que tan nuevos horizontes abre á nuestro amor propio nacional.

Teníamos ya la Iglesia Católica Apostólica Española, fundada por el Sr. Menéndez Orra en Santander, perseguida allí por algunas autoridades de cortos alcances, y autorizada al fin por sentencia firme del Trinal Supremo —*jexcusez du peu!*— pero esto más era para asustarnos que para envanecernos.

Dicha la misa en castellano por el Sr. Menéndez Orra, las aficiones regionalistas, y aun particularistas, estaban á punto de asomar la cabeza, y dentro de poco hubiéramos tenido el ritual en gallego, en catalán, en vascuence, en valenciano, en tagalo, y hasta en *bable*; sin contar con que también hubiera salido algún compatriota y colega del Padre Gago diciendo misa en caló, con arreglo al Evangelio de *Bajaró* Lucas.

Gracias á Dios (*Deu*, en Palafrugell, y *Jaungoicoa*, en Zumárraga) esa anarquía que nos amenazaba se ha impedido y remediado á tiempo, con solo el anuncio de la probable mudanza del domicilio pontifical.

Tendremos para contentamiento de todo el mundo, la Iglesia Católica Apostólica Valenciana, y nadie alzaré el gallo (*nemo*

levabit gallum, que dijo el Idiota); porque si á los católicos no españoles lo mismo se les da de Roma que de Valencia, no creo que haya en España región ni lugar que se atreva á querer para sí con mejores títulos el favor dispensado por el Padre Santo á la ciudad de las flores y las palmas, ó como dirá ahora algún volteriano, de los naranjos y los melones.

Ni siquiera Illueca, en la provincia de Zaragoza, podrá disputar ese honor á Valencia; pues si bien es patria de Benedicto XIII, este Papa fué depuesto al cabo por sus alardes de testarudez aragonesa, mientras que Calixto III y Alejandro VI, valencianos los dos, murieron en Roma tan beatísimos y santísimos "legalmente," como el mismo San Pedro y el propio San Lino.

¡A ver quién quita esa gloria al país de los *rodors*!

Y digo de los *rodors*, porque, desgraciadamente, la vida de aquellos dos distinguidos Borjas se acerca á la conducta de estos modernos *struggle-for-lifeurs* (como diría Alfonso Daudet) muchísimo más que á la de los mártires y confesores, vírgenes y patriarcas.

¿Se habrá atendido León XIII á estos antecedentes históricos para fijar sus miradas en Valencia? ¿Querrá, con su augusta presen-

cia, borrar aquellos timbres de ignominia y baldón?

En todo caso, agradezcamos sus desig-nios.

Ahora ya no tendría pretexto el impío Enrique Heine para decir, como dijo al pisar el fresco recinto de una catedral en un riguroso día de calor:

—¡Gran religión... para verano!

Instalada en Valencia la Santa Sede, la religión católica será excelente para todo tiempo.

Para invierno, por la incomparable suavidad del clima; para primavera, por las flores de Mayo; para verano, por la horchata de chufas, y para otoño, por las sandías, que son verdaderamente *bocato di cardinale*, y que por una sabia previsión de la Naturaleza, llevan ya en sus carnes los colores de la púrpura cardenalicia.

Pues ¿y las mujeres?

Famosas son las de Roma; pero la mejor de las trastiberinas no sirve para descalzar á la más modesta valenciana.

Ya habrá habido en la corte papal alguien (seglar, por supuesto) que haya cantado con ó sin música de *La gallina ciega*:

Las mujeres que hay allí
en otra parte no hallarás;



mucho valen las de aquí,
pero aquéllas valen más.

Claro es que nada de esto reza con quien lleve hábito negro, morado, rojo ó blanco. Lo consigno solamente, porque es bien figurarse á tan excelsa representación como la del Sumo Pontífice rodeado de todas las excelencias y perfecciones de las obras de Dios.

Yo soy un vil pecador, y me edifico con sólo pensar en tal espectáculo. Desde que corren estos vientos, hago todos los días mis devociones ante una horchatera... Y la llamo yo *la Vaticana*.

Tampoco tardaremos mucho en tomar el agua de cebada como quien toma agua bendita; y en decir *el arrozal*

ORCHATERIA Y ALPARGATERIA
GOVEEDORA DE S. S.



del Señor, en vez de la viña del Señor; y en no hablar de la nave de San Pedro, sino



de su tartana; y en sustituir el incienso con la pólvora.

En vez del *ite, missa est*, se disparará una traca; en lugar de *maitines*, se canta-

rán *albaes*, que vienen á ser lo mismo exactamente; y el *Te Deum* será reemplazado por la jota.

Por la jota valenciana, se entiende; pues según cantaban hace poco, con asombro y estupefacción del público, en no recuerdo qué revista de no sé cuál teatro:

En Aragón
la jota sale del corazón;
pero en Valencia
sale la jota de la conciencia.

Véase por dónde el autor de esas peregrinas averiguaciones había presentado que la suprema dirección de las conciencias iba á trasladarse á orillas del Turia, y que, por ende, la jota valenciana iba á tomar carácter ascético y devoto.

En su próxima revista dirá el autor de la copla citada que para comer *paella* y *butifarrons*, hay que confesarse previamente.

Concluyamos.

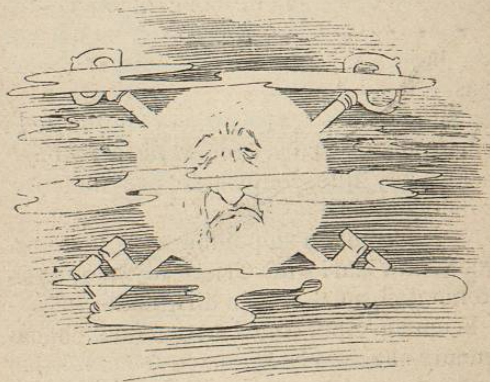
Víctor Hugo, en su poema *El Papa*, presentaba al Vicario de Cristo abandonando la Roma de los Césares y dirigiendo sus pasos hacia la cuna del Cristianismo, hacia la vieja y sagrada Sión, en cuyos umbrales le hacía exclamar (si no recuerdo mal el texto):

Je prends Jerusalem et je vous laisse Rome.

Pero el actual Pontífice, más práctico que el gran lírico francés, ha entendido las cosas de otro modo, y ha comprendido que la manera más gráfica, expresiva, punzante é irrefragable de mostrar al orbe cristiano su situación, consistiría en decirle desde la hermosa ciudad ganada á los moros por el glorioso rey D. Jaime:

—¡Hijos míos, me he quedado á la luna de Valencia!

Julio de 1889.



EL ANTÍFONO

SEPA ante todo el Sr. Mansi que el antifono no es el macho de la antífona.

—Y ¿qué es antífona? —preguntará probablemente el Sr. Mansi.

Antífona “es el versículo que se canta en el Oficio divino antes y después de cada salmo.”

—¿Y antifono?

Antifono es el nombre que se ha dado á un *artefacto*—como dijo Rojo Arias del corsé—inventado para producir la sordera artificial, transitoria y voluntaria.

He leído esta noticia en un periódico parisiense, dada así, en seco—como si no se tratara de una invención de honda trascendencia,—y he lamentado muy de veras que el diario francés no consigne el nombre del inventor, para alabarle, y ensalzarle, y bendecirle, cual merece tan alto bienhechor de la humanidad.

¡Y cuenta que en el escalafón de la sordera tengo derecho al empleo de teniente, debiendo, por consecuencia, reservar mis alabanzas y bendiciones para el inventor de un medio seguro y eficaz que devolviese á los sordos el uso del oído!

Hasta *de* ahora (ya ve el Sr. Mansi que sigo teniéndole presente) todos los esfuerzos de los inventores se encaminaban al hallazgo del precioso instrumento acústico; pero al fin ha surgido un hombre de genio que ha vuelto la oración por pasiva, inspirándose quizá en el dramático problema de *La trompa de Eustaquio*:

—¿Qué es peor? ¿No ir nada, ú oír demasiado bien?

El dejar de oír es en mil y mil ocasio-

nes mucho más consolador, satisfactorio, halagüeño y necesario que el sentir crecer la hierba, según la locución con que vulgarmente significamos la suprema finura auditiva.



No hay peor sordo—dice el refrán—que el que no quiere oír (y por cierto que más lógico y racional sería llamarle el mejor sordo, y no el peor); pero ¿basta, por ventura, la voluntad en ciertos momentos?

Dígalo el que se sienta ante su bufete, dispuesto á despachar un trabajo de urgencia y de interés, y le acomete el horrisono

tutti de un organillo callejero, una riña de canes, una gresca de chicuelos, el golpear del hojalatero de la esquina y el repicar de las campanas de la parroquia.



Se puede dejar de ver, con sólo cerrar los ojos; dejar de oler, con sólo taparse las narices, y así de los demás sentidos; pero el del oído es tan tiránico, que no bastan contra sus fueros los dedos llevados á las orejas, ni las bolitas de algodón en rama.

Esta deficiencia, ó, si se quiere, superabundancia del oído, no se padece en

otros planetas, donde los hombres oyen y dejan de oír á voluntad, según nos cuenta Camilo Flammarion con mucha formalidad en su entretenido libro *Lumen*.

Aquí abajo, en nuestra modesta naranja achatada por los polos, estábamos todavía

como en los tiempos de la *Odisea*, cuando el sagaz Ulises tapaba los oídos con cera á sus compañeros para librarles de encantamientos peligrosos.

¿Necesitaré enumerar los servicios inmensos que viene á prestar el antifono?

En el gabinete de estudio, para el que quiera aislarse de todo ruido; en el seno del hogar, para el que quiera ahorrarse reprimendas y reconvenciones; en la calle, para evitar los ruidos molestos; en el teatro, para dejar pasar las escenas desagradables; en la Plaza de Toros, para librar á los lidiadores de las silbas y las injurias; en el Parlamento...

¡Oh! En el Parlamento, sobre todo, el uso del antifono se impone.

No es la mayoría del actual Congreso quien más necesita del antifono; porque ha probado y prueba que sabe oír las invectivas de los conjurados y los conservadores com o quien oye llover.

Para estos otros es más bien el feliz invento del anti-acústico.

¡Ah! ¡Si el Sr. Cánovas hubiera ido á Zaragoza y á Sevilla, y hubiera regresado á Madrid provisto de su buen par de antifonos!

¡Ah! ¡Si el Sr. Martos hubiera dispuesto de tan útiles chismecillos el día del gran desacato!

Otros rumbos y giros habría tomado la política de la Restauración; porque ¿qué vale el espectáculo de brazos que se agitan y bastones que se enarbolan, junto al cruel silbido y al injurioso apóstrofe, que hacen hervir la sangre y la envenenan?

El antifono llega tarde para Cánovas y Martos; pero viene á tiempo para nosotros. Ahora... ¡que hablen ellos cuanto quieran!

Julio de 1889.



Al paso que llevan las cosas—ó por mejor decir, las personas,— el día menos pensado va á haber

que sacar á pública subasta este antiguo caserón que se extiende desde Machichaco hasta Gata y desde Creus á Finisterre, y que tiene por pared medianera los Pirineos.

¿Habrá quien quiera cargar con él, después del tenaz empeño que ponemos los españoles por declararlo inhabitable?

Aquí, donde todas las razas han venido á pasar sus temporaditas, como en un *hotel garni*, puede temerse todo, menos quedarnos sin sucesores en el dominio de la finca; pero, francamente, hace falta mucho y desordenado afán por ser casero, para quedarse con esta vieja mansión solariega que un

tiempo defendíamos al grito de *¡Santiago, y cierra España!* y que hoy no nos hace decir más que *¡Ahí queda eso, y sálvese el que pueda!*

La emigración, que siempre fué habitual en los españoles—como compensación sin duda de haber sido favorecidos con las inmigraciones de toda la humanidad—va cobrando de día en día tal auge y crecimiento, que así como el clásico no hallaba á Roma en Roma, dentro de poco será más difícil encontrar en España un español, que un eslavo en Eslava.

Esto se va, y no por la posta, como se decía antiguamente (porque semejante género de fugas no prevalece ya más que en los dominios de Mansi), sino por los vapores-correos de todas las compañías transatlánticas nacionales y extranjeras.

El que quiera estudiar nuestro país tiene que estudiarlo á bordo.

¡Con qué razón se aseguraba que debíamos ser, ante todo y sobre todo, una potencia esencialmente marítima!

Somos, en efecto, un pueblo al agua.

Entretanto, la nave del Estado se queda en seco, y la monarquía española está gravemente amenazada de convertirse en una monarquía de secano.

¿Será ésta otra compensación (y van dos)

de lo mucho que nos ha “mareado,” antes de ahora, y de su tenacidad por traernos agua al cuello?

No pasará mucho tiempo sin que los enemigos del trono vean realizado su ideal por



un procedimiento más semejante al evolucionista que al revolucionario. Este procedimiento, que dejará al rey de las Españas sin un solo súbdito

que pueda decir que es suyo,

es el procedimiento de la “evolución eliminativa.”

Yéndonos unos á buscar en extranjero

suelo la comprobación del adagio romano *ubi jus, ibi patria*, y muriéndose otros de hambre por no atenerse al refrán que dice: *No con quien naces, sino con quien paces*, habrán dejado á la monarquía ibera en disposición de que le canten los salmistas el *Quomodo sedet sola*.

Verdad es que por este camino sucumbe la nación antes que el régimen vigente; pero la misión del cronista consiste en registrar hechos, y no en señalar remedios.— ¡Líbreme Dios de meterme á terapeuta político! ¡Lo hacen tan mal todos ellos!

Además, en las dolencias que aquejan á España, es completamente inútil el arte de recetar... El de operar es el que se impone.

Mientras en las masas emigrantes de estos últimos años no han figurado más que pobres diablos, *va-nu-pieds*, gente de fila, carne de cañón, toda la alarma se ha reducido á algunas estériles declamaciones de la prensa, siempre las mismas y con sujeción á la misma pauta; á algunas "medidas gubernativas," tan eficaces y prácticas como la de pedir unas memorias (¡devuélvanselas ustedes de mi parte!) á los gobernadores de provincia, y por fin de cuenta, á tal cual página literaria de D. José María de Pereda, para provecho del espíritu, ya que no del cuerpo maltrecho y desfallecido de la patria.



Peró ahora que trasciende á clases más elevadas la manía de emigrar—y hago mal en llamarla así, porque la verdadera manía consiste en obstinarse en vivir donde la vida no es posible;—ahora que dentro del inmenso rebaño de bisontes empiezan á destacarse figuras conocidas, y se sabe de gran muchedumbre de comerciantes, abogados, ingenieros, arquitectos, médicos y periodistas que dejan "esto," y se van "allá," la cosa varía de aspecto y hasta los más irreflexivos preguntan como el abate Gaume, aquél de los folletos ultramontanos:

—*¿Adónde vamos á parar?*

Vamos á parar—ó, mejor dicho, hemos parado—en que ya no es sólo el proletario sin pan quien va á buscarlo en las tierras de América, sino también el hombre de carrera y de regular iniciativa; en que ya no son el hidalguelo perdulario ni el aventurero audaz los que se despiden de usted en el café ó en el Casino para Buenos Aires y Montevideo, sino amigos formales y camaradas distinguidos que en la lucha por la existencia habían logrado señaladas victorias, despertando manifiestas envidias; y, finalmente, en que se nos cae la casa á cuestras.

¡Se ha lucido el casero!

